

CHARLES LAMB

La manera elegante de escribir

Traducción de Rafael Vargas

ES BIEN SABIDO POR TODOS que mi señor lord Shaftesbury y sir William Temple son modelos de la manera elegante de escribir. Nosotros preferiríamos decir del estilo señorial y caballeroso. Aunque nada puede ser más distinto que las rimbombantes y melindrosas rapsodias de Shaftesbury y el chismorreo sencillo y desenfadado de Temple, en ambos escritores es posible discernir al hombre de rango; pero mientras que en uno se encuentra sólo graciosamente insinuado, en el otro se hace presente de manera ofensiva. El noble parece haber escrito con su coronita puesta y su manto real extendido ante él, y el plebeyo acodado en su silla y desnudo. ¿Qué puede ser más

placentero que la manera en que el estadista retirado se deja ver en sus ensayos, escritos desde su dichoso retiro en Shene? Huelen a Nimega y a La Haya. Es raro que un embajador cite una fuente fidedigna. Don Francisco de Melo, “un enviado de Portugal en Inglaterra”, le cuenta que en su país es frecuente que los hombres, consumidos por la edad y otros achaques, ya que no pueden esperar vivir sino uno o dos años más, se embarquen en una flota brasileña y, después de su llegada, vivan largamente, a veces por veinte o treinta años, o más, merced al vigor que recuperaron con el cambio.

Que tal efecto –añade Temple con un toque de belleza– pueda provenir del aire o de los frutos de ese clima, o por la cercanía del

Sol que es la fuente de toda luz y calor (cuando el calor natural que ellos poseían se hallaba tan decaído) o que la parte restante de la vida de un anciano valga soportar las penurias de la travesía, es algo que yo no podría decir: acaso el esfuerzo sea mayor que el beneficio.

Monsieur Pomponne, “embajador francés durante su época –la de sir William– en La Haya”, le asegura que escuchó que ningún hombre en Francia llega a los cien años de edad, limitación que el viejo caballero atribuía a la excelencia de su clima, el cual les confería un carácter y un humor sumamente vivaces y les brindaba una mayor disposición hacia los placeres que en cualquier otro país, y moralizaba sobre el asunto con gran sensibilidad. El “llorado Robert, conde de Leicester”,

le regaló con un relato acerca de una condesa de Desmond, quien se casó fuera de Inglaterra en la época de Eduardo IV y vivió muchos años hasta el reinado del rey Jacobo. La “misma noble persona” le informa cómo, en tal año y en tal reino, anduvo por la región un grupo de bailarines compuesto por diez danzantes, una Marian solterona y uno que tocaba el tamborín y la flauta, cuyas edades, todas sumadas, alcanzaban los mil doscientos años. “No era tan impresionante –dice Temple– que tantos hayan alcanzado esa edad en una región tan pequeña (Hertfordshire) como lo era que todavía tuvieran el vigor y el humor para viajar y para danzar.” Monsieur

afirma, por el gusto y la perfección de lo que más estimamos, que los franceses que han comido de sus duraznos y sus uvas en Shene –en un año no muy desafortunado– generalmente han concluido que las últimas son tan buenas como cualesquiera que hayan probado en Francia, en la región de Fontainebleau, y que los primeros son tan buenos como los mejores que hayan paladeado en Gascuña. Los italianos han estado de acuerdo en que sus higos blancos son tan buenos como cualquiera de la misma especie en Italia, donde se cultivaron los primeros árboles de esa fruta; en cuanto a las uvas, y especialmente las azules, no pueden darse en climas cálidos, como sucede con la uva producida en Frontignac o Muscat. También sus naranjos son tan grandes como cualquiera de los que vio en su juventud en Francia, excepto aquellos de Fontainebleau, o de los que viera después en los Países Bajos, salvo unos muy antiguos que pertenecían al príncipe de Orange. En cuanto a las uvas, él tuvo el honor de transplantar cuatro especies diferentes en Inglaterra, las cuales enumera y supone ya muy comunes (para la época en que escribe) entre algunos hortelanos de su vecindario, lo mismo que entre varias personas de categoría pues siempre pensó que todas las cosas de este tipo “son mejores mientras más extendidas”. La pedantería con que asevera que tiene poco caso plantar cualesquiera de las mejores frutas, como duraznos o uvas, que difícilmente se darían al norte más allá de Northamptonshire, y con que elogia al “obispo de Münster en Cosevelt” por no intentar sembrar otra cosa que cerezas en ese frío clima, es igualmente encantadora y apropiada:



Zulichem, uno de sus “colegas en La Haya”, le informó de una cura para la gota, que posteriormente confirmó otro “enviado”, monsieur Serichamps, en la misma ciudad, quien había seguido el tratamiento: el viejo príncipe Mauricio de Nassau le recomienda el uso de hamacas para aliviar el malestar; este remedio le había permitido dormir, pese al dolor, gracias al “constante movimiento o balanceo de estas camas aéreas”. El conde Egmont, y el conde Rhinegrave, quien “murió el verano pasado ante Maestricht”, le transmiten también sus experiencias.

Pero la vulgaridad del escritor nunca se revela con tanta inocencia como cuando toma por verdaderas las alabanzas que los extranjeros le brindan a sus árboles frutales. Temple

Quizá –así finaliza su delicado ensayo sobre horticultura, con un párrafo a la altura de Cowley– se me permita arrogarme conocimiento sobre esta materia, puesto que desde hace mucho tiempo no me he permitido dedicarme con buen tino a otra cosa, lo que muy pocos hombres harían: disfrutar sus jardines sin mirar más allá para ver cómo marchan otros asuntos, qué ocurre en el Estado y qué invitaciones pueden esperar para entrar a otros círculos. Por mi parte, como la vida campestre, y particularmente esta parte de ella, fue la principal inclinación de mi juventud, se ha vuelto el placer de mi vejez; y en verdad puedo decir que de los muchos empleos importantes que he tenido nunca he pedido ni buscado ninguno de ellos, sino más bien he intentado con frecuencia escapar de ellos hacia la comodidad y libertad de la vida privada en la que un hombre puede seguir su propio camino a su propio paso por entre las más comunes sendas y círculos de la vida. La

medida de una buena elección es que a un hombre le guste lo que ha elegido, bendición que agradezco a Dios haberme concedido y, aunque entre las locuras de mi vida construir y plantar no han sido las menores y me han costado más de lo que supuse, me han recompensado, no obstante, con la dulzura y satisfacción de este retiro donde, desde que adopté la resolución de no volver a ingresar nunca en ningún empleo público, he pasado cinco años sin ir una sola vez al pueblo, pese a que lo tengo casi a la vista y tengo en él una casa siempre lista para recibirme. Esto tampoco tiene que ver con ninguna clase de remilgos, como algunos han pensado, sino con el simple deseo o ánimo de hacer un pequeño cambio, pues cuando me encuentre en este apartado rincón puedo decir sinceramente, con Horacio:

*Me quoties reficit gelidus Digentia rivus,
Quid sentire putas, quid credis, amice, precari?
Sit mihi, quod nunc est, etiam minus, ut mihi vivam
Quod superest aevi, si quid superesse volunt di.
Sit bona librorum, et proviae frugis in annum
Copia, ne fluitem dubiae spe pendulus horae,
Hoc satis est orasse Jovem, qui donat et aufert.*

[Cuántas veces me restaura el gélido arroyo Digencia... ¿qué juzgas que siento, qué crees, amigo, que ruego? Tenga yo lo que ahora tengo, aún menos, y para mí viva lo que resta de tiempo, si es que algo reste quieren los dioses; tenga buen acopio de libros y para el año guardado grano y no flote suspendido en espera de hora dudosa. Mas ya es bastante orar a Jove, que deja y retira.]

Los escritos de Temple buscan imitar en general este sencillo ejemplo. De hecho, en una ocasión su ingenio, mayormente subordinado a la naturaleza y la ternura, lo indujo a una cadena de afortunadas antítesis, las cuales —es obvio señalarlo— han servido como modelo a Addison y a subsecuentes ensayistas.

¿Quién no sería mezquino, y con razón —decía— si la salud pudiera comprarse con oro? ¿Quién no sería ambicioso si el poder pudiera ordenarla o restaurarla el honor? Pero, ¡ay! un báculo blanco no hará que unos pies gotosos caminen mejor que con un bastón común, ni una venda azur ayudará a curarlos mejor que un filete. El brillo del oro o de los diamantes no hará sino herir los ojos lastimados en vez de curarlos y un dolor de cabeza no se aliviará con una corona mejor que con un gorro de dormir común y corriente.

Con mucho mejor estilo, y más acorde con su ánimo de sencillez, tenemos las frases finales de su “Discurso sobre la poesía”. Temple tomó parte en la controversia acerca del antiguo y el moderno aprendizaje y, con esa parcialidad tan natural y tan graciosa en un hombre viejo, cuyos compromisos con el Estado le han proporcionado poco tiempo libre para conocer las nuevas ideas, en tanto que su retiro le brindó la oportunidad de volver sobre los estudios clásicos de su juventud, decidió en favor de estos últimos:

Es cierto —decía— que, ya sea por la fiereza del espíritu gótico o porque el ruido de sus perpetuas guerras las ahuyentaban o porque la desigual mezcla de las lenguas modernas no sirviera para conservarlas, la gran excelencia y estatura tanto de la poesía como de la música se derrumbó con la educación romana y la caída del imperio sin recuperar jamás, desde entonces, la admiración y los aplausos que antes despertaba. Sin embargo, tal y como existen entre nosotros, deben ser admitidas como las más dulces y refinadas, como los entretenimientos más usuales e inocentes de nuestra época y vida comunes. Todavía ocupan un sitio en las cortes de los príncipes y en las cabañas de los pastores; sirven para animar y revivir esa calma chicha de las vidas pobres o perezosas y para aliviar o relajar las violentas pasiones y perturbaciones de los hombres más grandes y más ocupados. Ambos efectos son de igual utilidad para la vida humana, pues la mente del hombre es como el mar, que no es agradable para el que lo contempla cuando se encuentra en calma ni para el viajero cuando es tormentoso, pero lo es para ambos cuando se halla un poco agitado por suaves vientos, lo mismo que la mente, cuando se encuentra movida por dulces y gentiles pasiones o afectos. Sé muy bien que muchos que pretenden ser sabios aparentando ser solemnes, en realidad desprecian tanto la poesía como la música como si se tratase de juguetes o trivialidades demasiado ligeras para el uso o el entretenimiento de los hombres serios. Pero aquellos que son absolutamente insensibles a sus encantos harían bien, creo, en guardarse su propio parecer, por temor a reprocharse su propio temperamento, y en poner en duda la bondad de sus naturalezas, si no de su mismo entendimiento. Mientras dure este mundo, no dudo que ambas diversiones nos brindarán placer, y sólo pido que se conserven hasta el fin; y felices aquellos que se contentan con estos placeres, o con cualquier otro igualmente sencillo e inocente, y no perturban al mundo ni a otros hombres porque no saben estar en paz consigo mismos aunque nadie los dañe.

Cuando todo está hecho —concluye— la vida humana alcanza su mejor y más alta cima, pero es entonces como un niño latoso con el que hay que jugar y consentirlo un poco para mantenerlo tranquilo, hasta que lo vence el sueño, y el cuidado termina. •

Traducción de J. C. R. A.

CHARLES LAMB (Londres, 1775-Edmonton, 1834) se especializó en el estudio de la literatura isabelina. Entre sus publicaciones destacan *Ejemplos de poetas dramáticos ingleses que vivieron en la época de Shakespeare* (1808), *Ensayos de Elia* (1828) y *Cuentos basados en Shakespeare* (1807), esta última en colaboración con su hermana Mary.